

Mensaje de Navidad
del Patriarca KIRIL de Moscú y toda Rusia
a los obispos, pastores, diáconos, monjes y monjas
y a todos fieles de la Iglesia Ortodoxa Rusa

¡Amados en Señor Excelentísimos obispos,
honorables presbíteros y diáconos, monjes y monjas que quieren a Dios,
queridos hermanos y hermanas!

Hoy nuestros templos están llenos de las personas que han venido para glorificar al Niño Dios Recién Nacido, Cristo Salvador, y a Su Purísima Madre, Virgen María.

La Natividad de Cristo es el principal acontecimiento en la historia humana. El hombre siempre ha buscado a Dios, pero el Propio Dios se reveló en toda Su plenitud ante la humanidad. Lo hizo en forma de la Encarnación de Su Hijo Unigénito. Tras el advenimiento del Hijo de Dios, Quien al mismo tiempo era Hijo del Hombre, el mundo se enteró de que Dios no es sólo la Fuerza Superior, sino también el Amor, de que Dios no es sólo el Justiciero, sino también la Misericordia, de que Dios no es sólo el Juez Severo, sino también el fuente de la vida y de la alegría, de que Dios no es el solitario Gobernante del mundo, sino la Santísima Trinidad, para quien el amor es la ley de la vida.

Y hoy celebramos el acontecimiento que había cambiado completamente el desarrollo de la historia humana. Dios entra a la propia reconditez de la vida humana, se hace uno de nosotros, lleva el peso de nuestros pecados, de debilidades humanas, los lleva al Gólgota para liberar a los hombres de la carga insoportable. Desde aquel momento Dios no está en el cielo inaccesible, sino aquí, entre nosotros. Cada vez durante la celebración de la Divina Liturgia se dice: “¡Cristo está con nosotros!”, y la respuesta es “¡Él está y siempre estará!”. Es un testimonio claro de la presencia del Propio Dios Encarnado, Cristo Salvador, entre Sus fieles. Al comulgar Sus Santos Cuerpo y Sangre con regularidad, al hacer esfuerzos para cumplir Sus mandamientos, nosotros entramos en una relación real con Él, con nuestro Salvador, y obtenemos el perdón de pecados.

Los creyentes en Cristo y Sus fieles discípulos están llamados a ser testigos del Reino de Dios, revelado en Cristo, todavía durante su vida terrenal. Tenemos el gran honor de obrar siguiendo el ejemplo de nuestro Maestro y Dios, ser firmes en el enfrentamiento contra el pecado y el mal, no debilitarse haciendo asiduamente los buenos oficios, no desalentarse haciendo los esfuerzos diarios para transformar nuestra naturaleza picaresca en un hombre nuevo, lleno de gracia.

Cristo Salvador estableció un criterio inmutable y absoluto de la actitud real frente a Dios. Se trata de la manera de tratar al prójimo. Al asumir las debilidades de otras personas, al compartir su dolor y su tristeza, al manifestar compasión por los desafortunados y los desfavorecidos, cumplimos la ley de Cristo (Gálatas 6:2) y nos asemejamos al Salvador, Quien estaba cargando con nuestros sufrimientos, estaba soportando nuestros propios dolores (Isaías 53:4).

En el día de la Natividad de Cristo, alegre y luminoso, cuando cada criatura se cae en el asombro al pesebre del Niño Dios, no podemos olvidar de otras personas. Aquella gracia grande que hoy obtenemos en nuestros templos debe derramarse sobre aquellos que todavía están fuera de la Iglesia y no siguen a Cristo, sino a los poderes que dominan este mundo (Colosenses 2:8). Pero si nosotros no saldremos al encuentro de esta gente, la Buena Noticia, tal vez, no llegará a ellos; si no abriremos nuestros corazones para compartir la alegría que nos llena, esta, posiblemente, nunca tocará a aquellos que están privados de ella, pero están dispuestos a recibirla.

Con la Encarnación del Hijo de Dios, la naturaleza humana fue elevada al nivel sin precedentes. Nosotros no sólo son hechos “a imagen y semejanza de Dios”, sino también, desde aquel momento, a través de Cristo somos adoptados por Dios: ya no somos “extranjeros, sino que ahora compartimos con el pueblo santo los mismos derechos, y somos miembros de la familia de Dios” (Efesios 2:19).

Cada vida humana no tiene precio, porque ya está pagada por la Encarnación, la Vida, la Muerte y la Resurrección del Hijo Unigénito de Dios. Todo esto nos incita aún más tratar con reverencia especial y con atención a cada persona, independientemente de sus diferencias. Según el Santo Filarét (Drozdov) de Moscú, “el amor es una participación viva y activa en el mantenimiento de bienestar de otra persona”. En estos días alegres de la Natividad de Cristo, quiero, en primer lugar, hacer un llamamiento a tener este amor activo, para que, según dice San Pablo Apóstol, amaos como hermanos los unos a otros, dándoos mutuamente preferencia y respeto, esforzaos, no seáis perezosos y servid al Señor con corazón ferviente (Romanos 12:10-11, Hebreos 13:16).

Recibáis mis cordiales felicitaciones con ocasión de la gran fiesta de la Natividad de Cristo. Que el Dios de amor y paz (2 Corintios 13:11) le conceda a nuestro pueblo y a cada uno de nosotros la paz y el bienestar en el nuevo año.

/+KIRIL/

PATRIARCA DE MOSCÚ Y TODA RUSIA

Natividad de Cristo
2013/2014
Moscú